



CAPÍTULO XVII

Existencia del yo.—Límites del conocimiento. Papel del lenguaje en el conocimiento

I

Los positivistas niegan la existencia del yo. «El yo no es más que una posibilidad permanente de estados de conciencia: fuera de los sentimientos, de los pensamientos, de las voliciones, el yo desaparece en totalidad... Mi yo en el pasado se resuelve como en el presente, en sentimientos, en pensamientos y deseos. En el pasado no se extiende sino hasta donde alcanza la memoria, mi yo no existe. Mas allá de las primeras impresiones de la infancia, perdemos la conciencia de nuestra personalidad. La conciencia de la vida pasada se interrumpe frecuentemente en los días, semanas y meses que no han dejado recuerdo. Durante las horas de sueño profundo la personalidad se eclipsa totalmente. El sentimiento de la unidad y de la continuidad del yo no es más que la continuidad de

una serie de estados de conciencia que no se confunde con otra serie» (1).

Estos errores tienen por fundamento la confusión del yo y de la conciencia, de la substancia y los accidentes. Los positivistas, como se ve, hacen de la conciencia la razón constitutiva de la personalidad. No tenemos conciencia antes del uso de la razón, durante el sueño y en otras varias circunstancias, y dicen: La personalidad se ha eclipsado totalmente; mas es falso que la conciencia sea la razón constitutiva de la personalidad. La conciencia es un acto por el cual la persona tiene conocimiento de su actividad y de sí misma. La persona no es un acto, es el sujeto que obra; luego no pueden confundirse. Además el carácter específico de la personalidad es la razón; y ésta es la raíz de la conciencia.

La conciencia nos testifica de una manera irresistible que somos enteramente distintos de los sentimientos, deseos y demás actos que pasan por nosotros.—La falta de conciencia en diferentes épocas de la vida, en el sueño, por ejemplo, probará, ó que las facultades mentales están embargadas, ó que se ocupan en objetos que no han dejado recuerdo, pero nunca la destrucción del yo.

Los cambios que el cuerpo humano experimenta con la edad, lo mismo que los que sufren los vegetales y aun los minerales, nada prueban para nuestro objeto; y el querer aplicarlos á lo que decimos, revela que se han confundido las ideas de substancia y de accidente.

(1) Pág. 88.

Entendemos por substancia, dice Balmes, algo constante en medio de las variaciones, que si bien es sucesivamente de varias maneras, según la diversidad de modificaciones que lo afectan, se conserva constante é idéntico bajo esas diferentes transformaciones; y si decimos que por éstas existe de un modo nuevo, por esto no se entiende que haya perdido su íntimo y primitivo sér de substancia; tales cambios los consideramos como externos y dejan intacto el mismo fondo de la substancia; la modificación pasa del no ser al ser, y al contrario; mas la substancia es siempre la misma; de otra suerte la inestabilidad de la modificación no se distinguiría de la substancia, siendo en tal caso inestable y movediza como aquélla.

Cuando encontramos un lazo de varias sensaciones que las une, por decirlo así, en un mismo punto, aquello en que concebimos que se unen lo llamamos substancia; mas como hemos experimentado que ninguna sensación se enlaza necesariamente con la otra, y que desaparecen unas y no otras, no les atribuimos el carácter de substancia, de algo que permanezca idéntico, á pesar de las mudanzas y que sea como el recipiente de todas ellas; este recipiente, este algo que no cambia, que permanece bajo la sucesión de ser y no ser, uno y constante, y en quien tiene lugar las mudanzas, que es el punto que las enlaza fuera de nosotros, y que nos proporciona el concebirlas enlazadas, es lo que llamamos substancia. Prescindiendo de sus cualidades, nos queda algo, la idea de sér, de una realidad, pues sin realidad no

hay más que nada; y la nada no puede ser objeto de transformaciones, ni lazo de impresiones. La idea de sér no es pura, no es de sólo sér. Las calidades existen, son seres; y sin embargo no las confundimos con el sujeto. Lo que acompaña á la idea de sér es la de permanencia en lo sucesivo, y la relación de esta permanencia como punto de enlace, y centro fijo en medio de la sucesión. Por esto, pues, la substancia corpórea es un sér permanente en que se verifican las mudanzas que se nos ofrecen de los fenómenos sensibles. La substancia permanece, cambian los accidentes; mas éstos son el medio por el cual aquélla se nos manifiesta y se pone en comunicación con nosotros; el objeto, empero, de las sensaciones no es la substancia en su íntima naturaleza, sino en sus cualidades en cuanto afectan nuestros sentidos.

Toda substancia corpórea encierra multiplicidad, y por consiguiente combinación de los elementos que la componen; esta combinación cambia, y nadie la confunde con el sér que permanece. — La substancia es independiente de las modificaciones; pero éstas no lo son de la substancia, que permaneciendo la misma cambia de accidentes; mas un accidente permaneciendo uno mismo no puede cambiar la substancia.

Una misma madera puede recibir sucesivamente varias figuras; pero la misma figura y número no puede pasar de una madera á otra. Además, los accidentes de los cuerpos no se conciben realizables sin sujeto al que están inherentes; mas las substancias son concebibles y existen realmente sin esta inherencia. La figura no pue-

de existir sin la cosa figurada; pero ésta puede existir, aunque se anonaden todas las demás cosas.

Después de esto ¿qué diremos de la existencia del yo? que éste es único é idéntico bajo todas las transformaciones; y esa unidad, esa identidad, es para nosotros un hecho indisputable, atestiguado por la conciencia. ¿Quién sería capaz de hacernos dudar, que el yo que piensa en este momento es el mismo que pensaba ayer y años atrás? No obstante la variedad de pensamientos y deseos, á pesar del cambio de opiniones y voluntad, y de la oposición de unos actos con otros, ¿quién nos quitaría la convicción, profunda é incontrastable, de que somos nosotros mismos quienes lo experimentamos, de que hay algo aquí dentro que sirve de sujeto á todo?

Si en nosotros no hubiera algo permanente en medio de tanta variedad, la conciencia del yo sería imposible. Entonces no habría en nosotros más que una sucesión de fenómenos inconexos, y por tanto serían imposibles la memoria y la combinación. El pensamiento es un absurdo, si no hay algo que piense, permaneciendo idéntico bajo la variedad de las formas del pensar. En nosotros, pues, hay un sujeto simple que todo lo enlaza, en el cual se verifican esas mudanzas; hay, por tanto, una substancia. En ella hay una unidad; esta unidad que no encontramos en las substancias corpóreas, sino después de haber recorrido una serie infinita de descomposiciones, se nos presenta en la substancia espiritual en el primer momento, como un simple hecho interno,

sin el cual son absurdos todos los fenómenos que sentimos en nuestro interior, y nos es imposible toda experiencia del mundo externo. Sin la unidad del yo no hay sensaciones, y sin éstas nada podemos experimentar de los seres que nos rodean (1).—El yo, por esto, no se resuelve en pensamientos, sentimientos y deseos; y si éstos pasan sin interrupción como masas de agua por el cauce de un río, el yo permanece inmóvil como ese cauce.

Olvidando los positivistas lo que dicen acerca del yo, establecen lo siguiente, refiriéndose al principio de identidad: «Ese principio (2) dice en realidad que las cosas y sus propiedades tienden á persistir.

»Si el principio de identidad no fuera cierto, todo conocimiento carecería de base y la experiencia sería estéril. Si Pedro fuese mañana un sér radicalmente diverso de lo que es hoy, yo no podría reconocerle; á mí mismo me desconocería si, rompiendo todas mis conexiones con el pasado, fuese de aquí á dos horas diverso de lo que soy en estos momentos. Lo mismo digo de lo demás: si el agua pudiese de un momento á otro tomar las cualidades del hierro; si el oro, en el momento menos pensado, se revistiese de las cualidades de otro cuerpo, nada podríamos saber sobre el agua, sobre el hierro, sobre el oro, la existencia carecería de realidad, de unidad, y las cosas serían menos que fantasmas.» Tal es la

(1) Balme, *Filosof. fundam.*, lib. IX.

(2) Pág. 109.

fuerza de la verdad, que se impone aún á los que tratan de combatirla.

Por último, la teoría de la resolución del yo en pensamientos, sentimientos y deseos, es profundamente inmoral; porque quita su acción á la justicia para castigar los delitos. Se ha cometido un homicidio; mas ¿cómo podrá ser castigado el delincuente cuando el yo personal responsable del crimen, ha pasado y se ha resuelto en pensamientos, sentimientos y deseos, que á su vez pasan para dar lugar á otros que nada han tenido que ver con el homicidio? Son inculpables y la justicia no debe castigarlos; pasan sin interrupción, como esas grandes masas de agua, dicen los positivistas, que siguen unas á otras sin que nadie las detenga; no puede castigarlos. Lo inmoral y lo ridículo se dan la mano. El bienestar físico (1), moral é intelectual del género humano, que es, según el positivismo, el ideal de la actividad humana, el *summum bonum*, serán imposibles.—Por lo demás es enteramente falso que sea el *summum bonum*, el bienestar físico, moral é intelectual del género humano; porque ese bienestar es transitorio é imperfecto; no es supremo, perpetuo y final; es un medio que debe conducirnos á un bien que contenga en sí todos los bienes, y cuya posesión sea inamisible y eterna.—El bienestar de la sociedad es incapaz de satisfacer la tendencia ilimitada del hombre á la dicha perfecta, que no puede conseguirse en la del género humano. Llamar, pues, *summum bo-*

(1) Pág. 106.

num al bienestar de los hombres, es contradecirse en los términos: No es sumo bien el transitorio é imperfecto.

«Siendo el conocimiento de origen experimental, siendo la experiencia su única garantía ó sanción, colígese fácilmente que el límite del conocimiento coincidirá exactamente con los límites de nuestra experiencia» (1).

Esto es enteramente inexacto; pues podemos conocer las esencias de las cosas, aunque no adecuada ó comprensivamente, por medio del discurso. Tenemos que servirnos de la observación y experimentación de los fenómenos del ser, y del discurso basado en la observación y en los principios, v. gr.: un sér obra conforme á su esencia; no hay efecto sin causa; etc.; y por último de la abstracción ó generalización, por la cual se forma el concepto genérico y específico de la esencia del sér.—Las matemáticas, dice el positivista Littré, forman los cimientos de las ciencias; pues bien las matemáticas nos dan á conocer la esencia del objeto sobre que versan; el entendimiento lo conoce mediante el discurso fecundado con principios absolutos. Así se distingue el triángulo del círculo, se conocen sus constitutivos esenciales, que son, del primero, tres lados y tres ángulos; y del segundo la curva reentrante y equidistante en todos sus puntos del centro. Esto puede decirse de las demás figuras geométricas.—El matemático penetrando en el conocimiento del triángulo, llega á descubrir que el valor de

(1) Pág. 130.

sus ángulos es de dos rectos; y no lo conoce por la mera experimentación, pues no mide los ángulos de varios triángulos para generalizar la ley, sino por rigurosa demostración basada en datos que le suministra el triángulo y en principios ya demostrados. De esta manera se descubre la esencia del cuerpo geométrico.

II

Siguiendo el método que acaba de exponerse, se puede conocer el conjunto de propiedades que constituyen un sér determinado en especie; y ese conjunto es lo que se llama esencia. En efecto, los seres se manifiestan por sus fenómenos, por sus efectos, y los conocemos mediante la experiencia interna y externa; y esos fenómenos y efectos son reales y objetivos, no pueden existir sin un sér que los produzca, sin una causa proporcionada; y siendo como son esencialmente distintos entre sí, tenemos que confesar que les corresponden seres diversos en naturaleza los unos de los otros; así distingue el químico unas substancias de otras, y así se distingue el hombre del bruto. El conocimiento humano por lo mismo no puede encerrarse en los estrechos límites que le han señalado los positivistas.

Añaden los positivistas que «consiste el conocimiento en una impresión ó modificación del sentido íntimo, asimilado á otros por la ley del acuerdo, y de otras diferencias, por la ley de la

relatividad: es corolario ó consecuencia forzosa de esto, que la esfera del conocimiento coincida exactamente con la esfera de nuestra sensibilidad».

Para que esta consecuencia pudiera inferirse, era indispensable que el entendimiento no pudiera abstraer y generalizar; mas esto es falso, y por lo mismo la consecuencia no se infiere.

Nuestros conocimientos no tienen tan estrechos límites que hayan de reducirse á los objetos sensibles; veamos si no lo que pasa en los fenómenos luminosos ó caloríficos: tales fenómenos se transmiten con una rapidez inmensa de doscientos ochenta millones de metros por segundo; mientras que en los fluidos elásticos ponderables, toda agitación y toda vibración tienen una rapidez mucho menor, de algunos cientos de metros por segundo. La diferencia de velocidad supone tales diferencias de densidad y de elasticidad, que es necesario admitir dos especies de materia, una más sutil que la otra; es pues cierta la existencia de la materia imponderable é imperceptible á nuestros sentidos. Ahora bien: descubrir una substancia que se escapa á la observación directa, ó en la que ya nos es conocida, fenómenos ó propiedades que no pueden ser observados en sí mismos, es alcanzar un conocimiento que traspasa las fronteras de la sensibilidad; caminamos de los fenómenos conocidos á una realidad que no lo es, y esto por medio de la inducción.

Actualmente se reconocen como causa de las sensaciones de calor y de frío, fenómenos apa-

rentes y sensibles, las vibraciones imperceptibles é inobservables de la materia en general.

Algunas veces la ciencia duda de la existencia de las causas de algunos fenómenos, ó bien porque la causa es inconcebible en sí misma, ó porque no da razón de tales fenómenos; mas esto no tiene lugar en los luminosos y caloríficos (1).

Respecto del conocimiento de las substancias espirituales, también lo tenemos, v. gr. del alma, cuya existencia se nos da á conocer por medio de sus actos, en una sensación, un pensamiento ó una volición cuando de ellos tenemos conciencia; mas no en el caso contrario. Al principio está en potencia, y para actuarse es informada por una especie inteligible; por esta razón no es inteligible en acto, ó no se conoce por sí inmediatamente, como decía Descartes.—Si conociera directamente lo que es, tendría conceptos positivos y absolutos sobre su naturaleza espiritual é incorruptible; mas no es así, porque los tiene negativos según que la distinguan, y relativos por referirse á los cuerpos á los que la oponen; y por esto no conocemos su naturaleza sino indirecta y reflejamente.

Respecto del conocimiento de Dios, no es objeto directo del entendimiento humano, pero sí lo conocemos por un procedimiento indirecto. Aplicamos el principio de causalidad á la existencia de las cosas contingentes y descubrimos que ha de existir un sér necesario, cuya esencia es la misma existencia; y á este sér llamamos Dios.

(1) Brogile, *De Positivisme*.

Podemos emplear en este trabajo el procedimiento de síntesis, de eliminación y de trascendencia.—Dios ha de poseer las perfecciones que vemos en sus obras; mas sin ningún defecto y sin los límites que tienen en las cosas contingentes; y éstos son los procedimientos de síntesis y de eliminación. La perfección infinita excluye límite y por lo mismo la multiplicidad. Además las perfecciones criadas pueden atribuirse á un sér finito, y por tanto no son propias de Dios; para que lo sean es indispensable elevarlas hasta lo infinito. Tal es el procedimiento de trascendencia (1).

III

Acerca del papel del lenguaje en el conocimiento, nos dice el positivismo lo siguiente: «El análisis de nuestra vida intelectual nos persuade á admitir que en muchos casos pensamos realmente sin el auxilio del lenguaje; esta persuasión se comprueba completamente por el estudio de los animales superiores, que á no dudar lo piensan, no obstante carecer del lenguaje» (2). Lo que acaba de decir la ciencia positivista puede exponerse en estos términos. En muchos casos, para pensar, no necesitamos del lenguaje; porque los animales superiores piensan sin él. Esto último

(1) Mercier, *Psicología*.

(2) Pág. 133.

jamás se ha probado; y por lo mismo queda sin prueba la proposición que quería demostrarse.

Piensen los animales superiores. Esto podrá decirlo quien confunda la inteligencia con el instinto. El lenguaje, esto es la facultad de expresar las ideas con palabras articuladas, es una cualidad ó potencia inherente á la naturaleza humana, facultad característica del hombre, que le sirve para comunicar á los otros hombres sus conceptos (1).

Balmes, hablando sobre el particular, dice lo siguiente: Una idea compuesta parece ser un conjunto, ó más bien una serie eslabonada de ideas, que ó se excitan simultáneamente, ó se suceden con mucha rapidez. Nuestro entendimiento necesita las palabras para ligar este conjunto y retener el hilo con que lo enlaza: de aquí es que cuando la idea es simple, la palabra no es indispensable. Se dice que la palabra es necesaria para pensar; tal vez se hablaría con más exactitud, diciendo que es necesaria para recordar.

Cuando el objeto en que nos ocupamos se ofrece á la intuición sensible, no hemos menester la palabra. Al reflexionar sobre la línea recta, sobre el ángulo, sobre el triángulo, podemos observar que nos basta su representación imaginaria, y que no necesitamos ligar estos objetos con las palabras. Lo mismo acontece al pensar en la unidad, ó en los números dos, tres y cuatro, que fácilmente nos representamos de un modo sensible. La necesidad de las palabras comienza cuan-

(1) González, *La Biblia y la Ciencia*, a. III.

do la imaginación no puede representarse distintamente los objetos, y es preciso combinar varias ideas. Si no ligásemos á una palabra la idea de un polígono de muchos lados, estaríamos en la mayor confusión, y nos sería imposible discurrir sobre él (1).

«El hombre en sus concepciones religiosas ha sido antropoformista, pues ha hecho á Dios á su imagen y semejanza» (2).

Esta proposición, por su demasiada generalidad, no puede admitirse, ya que es enteramente diversa la idea que tienen los que adoran á Dios en espíritu y en verdad.

«Galileo profesó abiertamente el sistema de Copérnico y fué por ello condenado por la Inquisición de Roma, viéndose obligado á abjurar en voz alta sus convicciones, que en voz baja confirmaba y ratificaba» (3).

A fin de rectificar las inexactitudes del párrafo anterior, copiamos el proceso original publicado por Domingo Berti.

1.º Galileo fué únicamente encausado con motivo de su carta al R. P. Castelli, ó de su excursión en el dominio de la explicación bíblica y de la teología. Galileo cayó en un grande error que le envenenó todo: miró como falsas en su sentido propio las palabras de Josué: ¡Sol detente! mientras que estas palabras, en cuanto sirven para mandar á uno de los cuerpos celestes con el

(1) *Filosof. fundam.*, lib. IV, c. 27.

(2) Pág. 137.

(3) Pág. 144.

objeto de prolongar la duración del día, son verdaderas y necesarias aun en el sistema de Copérnico; la prueba es que todos los astrónomos hoy día todavía dicen y dirán siempre: el sol sale, el sol se pone, el sol pasa por el meridiano, el sol se detiene en el solsticio, etc. 2.º Por haber usado de frases equívocas sobre el mandato de guardar un silencio completo sobre el sistema de Copérnico que se le hizo en presencia del Cardenal Belarmino; y por el hecho de la fragante violación de la promesa que hizo Galileo, fué amenazado con el examen riguroso ó el tormento; pero el mismo Berti se apresura á reconocer que las amenazas no fueron ejecutadas. Galileo fué tratado hasta el fin con dulzura y con el mayor miramiento. 3.º Los derechos de la ciencia y de la verdad fueron respetados por el hecho de que la opinión de Copérnico era autorizada ó tolerada como hipótesis científica, completamente independiente de los Libros santos. 4.º Galileo en sus respuestas afirmó que condenaba y abjuraba verdaderamente el sistema de Copérnico. 5.º Era la filosofía, es decir, la ciencia del tiempo la que afirmaba la inmovilidad del sol y la movilidad de la tierra, como era también la ciencia de Galileo la que declaraba incompatible la inmovilidad del sol y el mandato: ¡sol detente! 6.º La condenación de Galileo, en las condiciones en que fué pronunciada, era necesaria, inevitable, eminentemente razonable y razonada. Aquélla se comprende, pero lo que no se comprende es el consentimiento dado por Galileo á la sentencia pronunciada contra él, ó sea su abjuración.

7.º El Santo Oficio se engañó, pero permaneció al menos consecuente consigo mismo; sólo pueden mostrarse inexorables los que no saben que la fe es el más necesario y el mayor de los bienes, no solamente del hombre individual, sino también de las sociedades humanas, y que propasarse para salvarla es un accidente desagradable, pero honroso. El pobre sabio al contrario, se mostró débil é inconsecuente hasta el exceso, esto es, una abdicación desesperada. 8.º El texto de la sentencia prueba también que es obra exclusiva de los Cardenales cuyos nombres lleva, y que de ningún modo es un juicio dogmático de la Iglesia universal ó del soberano Pontífice juzgando y hablando *ex cathedra*.

«Hoy la sana filosofía admite que no podemos conocer la esencia de las cosas, si por tal se entiende aquello que en ellas no sea fenomenal y relativo, y que la única acepción relativa que puede darse á la palabra esencia, es hacerla consistir en los atributos irreductibles que son comunes á una clase, los cuales se llaman, por lo mismo, atributos esenciales» (1). La esencia en general es lo abstracto del ser; aquello por lo cual un sér es lo que es; lo que constituye al ser en una especie determinada. Los lógicos dividen la esencia en física y metafísica; la primera representa al sér por sus constitutivos reales, como el triángulo por sus tres ángulos y sus tres lados; la segunda representa al sér, su género próximo y última diferencia; v. gr. al llamar al

(1) Pág. 160.

hombre animal racional. Entran en el conocimiento de la esencia, la observación y experimentación de los fenómenos del sér; el discurso fundado en la observación y en los principios científicos; y por último la abstracción ó generalización que nos da el concepto genérico y específico de la esencia del sér.

Puestos tales antecedentes, decimos que pueden conocerse por el entendimiento humano las esencias de los seres.

Las demás aserciones del positivismo están contestadas en el párrafo anterior; sin embargo, podemos añadir lo siguiente:

Por la experiencia interna y externa conocemos los fenómenos y efectos de los seres, fenómenos y efectos reales y objetivos, que no existirían si no hubiera un sér que los produjese, y mediante una causa proporcionada para esto. Los fenómenos y efectos de que hablamos, son distintos entre sí; nos dan pues á conocer que los seres de que provienen se distinguen unos de otros. De esta manera el químico distingue las substancias.—Además por la observación y experimentación se llega á formular leyes generales, lo cual no tendría lugar si no se conociesen las propiedades esenciales de los seres; porque la ley supone en el sér una propiedad que lo haga obrar constantemente conforme á esa ley (1).

El entendimiento conoce de un modo abstracto, no la esencia singular, sino la esencia abstracta y específica; á ésta no se llega inmediatamente; hay

(1) Ginebra, *Ontología*, c. III.

que comenzar por el conocimiento de las cualidades contingentes, y se sigue por los caracteres necesarios, ó sea las notas esenciales; y mediante la comparación y la inducción logramos distinguir las cualidades variables de las propiedades necesarias, los accidentes de la substancia, aproximándonos de una manera mediata al conocimiento de la esencia específica de los seres, siempre la misma en medio de la contingencia de los accidentes.

«La concepción del triángulo no es más que una agrupación de nociones obtenidas, como todas las demás, por generalización de la experiencia. Pero en este caso se ha tratado de nociones simples muy fáciles de adquirir, de concebir y de representar en la imaginación, debiéndose á esta facilidad que el espíritu las tome por creaciones suyas. Por tanto, la parte de generalización que hay en la adquisición de estas nociones, pasa inadvertida, por la espontaneidad con que se efectúa, y el único trabajo que la operación reclama consiste en hacer la enumeración de estas nociones, y en expresarlas convenientemente; es decir, un trabajo subjetivo, de meditación y discurso» (1).

La idea del triángulo es una, pero conviene á todos los triángulos, y por lo mismo su representación es múltiple, su idea es inmutable, y la representación no cambia su unidad; considerada cada especie de triángulo en particular, su idea es clara, y nos revela sus propiedades; no pasa lo mismo en la representación sensible, que es vaga

(1) Pág. 161.

y confusa; mas la idea prescinde de todo esto, y si se sirve de la figura es como de un auxiliar. La idea del triángulo es la misma para el ciego de nacimiento que para el hombre que tiene vista; así lo prueban los racionios y el uso que el uno y el otro hacen de ella. En la representación es diferente; para el segundo es una imagen de lo que ha visto, la cual no tiene lugar en el ciego de nacimiento.

En cuanto á la actividad libre, productiva de representaciones determinadas, debe notarse que se funda en conceptos generales, que aunque independientes de la sensibilidad se refieren á ella de un modo indeterminado (1).

«Si declaro que la definición del hombre que dice: el hombre es un animal racional, no es buena, no es sin duda porque sea falso que el hombre posea los atributos de la animalidad y esté dotado de razón, sino porque encontraré que este último atributo, considerado en su forma más alta, á saber, como una manifestación intelectual elevada, no es común á todos los hombres; mientras que si por razón se entiende la facultad de raciocinar, ó simplemente la facultad de poseer inteligencia, en tal caso la definición no sólo conviene al hombre, sino á otros animales.—Rechazaré, pues, tal definición por valerse de un concepto poco preciso, y no porque propiamente hablando se pueda decir que sea falsa» (2).

(1) Balmes, *Filosof. fundam.*, lib. IV, cap. III, IX.

(2) Pág. 168.

A pesar de lo que enseña la Lógica positivista, la definición que se da del hombre, un animal racional, es clara, breve, lo definido no entra en la definición, conviene á todo y sólo lo definido, y consta de género próximo y última diferencia; y como éstas son las condiciones que exigen los dialécticos para que sea buena la definición, debe aceptarse.

Consiste el error de los positivistas en confundir por una parte el concepto de razón con el de inteligencia pura, y en entenderlo por la otra hasta el instinto. El hombre no contempla la verdad como el ángel, ni tiene por regla de sus acciones el instinto.

Decir que los animales superiores entienden, es asentar una proposición enteramente falsa y que rechaza la sana filosofía.

«No se puede concebir la blancura sin concebir al mismo tiempo uno ó varios objetos blancos» (1).

La abstracción nos eleva de lo concreto á lo absoluto, haciéndonos ver los objetos separadamente de sus caracteres individuales en un estado abstracto, sin tener en cuenta lo que les individualiza en la naturaleza y en nuestras sensaciones. También por medio de la abstracción los seres pueden ser relacionados con una serie indefinida de sujetos que poseen ó pueden poseer la naturaleza que el espíritu había desentrañado por la abstracción. El triángulo rectilíneo es una superficie cerrada por tres líneas rectas. Al reflexionar sobre esta verdad, para nada se tiene en

(1) Pág. 226.

cuenta el tamaño del triángulo, ni su materia en el número de los existentes ó posibles; la abstracción prescinde de todo esto.

«El conocimiento se resuelve en representaciones, ya efectivas, ya simbólicas, de la realidad» (1).—Esto quiere decir: el conocimiento es representación. El conocimiento ejercita su actividad sobre los objetos que se le presentan, obteniendo por resultado el conocimiento que es el producto del trabajo de la inteligencia; no es por lo mismo una simple representación.

«Las concepciones positivas ó basadas en hechos reales, son muy superiores á las que no tienen este carácter» (2).—Las concepciones abstractas toman y utilizan de lo real y positivo cuanto puede ser utilizado, y descubren verdades de un orden superior, absoluto y universal. Es, por lo mismo, falsa la aserción de los positivistas.

«La evidencia de una proposición depende, más que de su verdad intrínseca, de lo familiarizados que estamos con ella; toda verdad que repetimos diariamente llega á ser evidente; más todavía, una proposición falsa pero que se tiene por cierta llega á parecer évidente si los espíritus se habitúan á ella» (3).

Si se trata de la evidencia inmediata que acepta el entendimiento al instante de presentársele, no puede decirse que depende más de la familiaridad que tenemos con ella, que de la misma ver-

(1) Pág. 11.

(2) Pág. 15.

(3) Págs. 96 y 97.

dad; porque el asenso se anticipa necesariamente á la familiaridad. La familiaridad no puede aumentar la luz nativa de la evidencia que viene de esta misma.

Una proposición falsa que se tiene por cierta, llega á parecer evidente si los espíritus se habitúan á ella.—Si se trata de evidencia inmediata, es difícil equivocarse sobre el particular; pero no lo es si se trata de la que los lógicos llaman mediata.

Podemos añadir que es propio de los primeros principios el ser necesariamente verdaderos por sí mismos; y es necesario que se vea que son verdaderos por sí mismos; y se los conoce de esta manera al conocerse sus propios términos. Nada hay tan verdadero que no pueda negarse de palabra; y de esta suerte ha llegado á negarse aún el principio de contradicción; pero hay cosas tan verdaderas, que su opuesto no puede concebirse por el entendimiento, ni contradecirlas la razón interior; y si sólo la razón exterior mediante la palabra (1).

Por lo que acabamos de decir queda impugnada la doctrina siguiente: «Los axiomas sólo son evidentes por sí mismos cuando llevan tiempo de haberse incorporado al dominio común del saber, cuando se los anuncia por primera vez nunca se admiten sin pruebas, sino justamente en fuerza de lo riguroso y concluyente de ellas, y lejos de que parezcan evidentes, suelen parecer absurdos».

Todo esto prueba que no se conoce lo que es

(1) D. Thom. *Post. anal.* I, lec. 19.

la evidencia, cuando tan lastimosamente se la confunde con el resultado de la familiaridad, del uso, ó sea de haberse recibido lo que ella nos descubre, no por sí mismo, sino por el juicio de los otros. Ahora bien: la certeza que hay en la ciencia y en la inteligencia, ó sea en las verdades mediatas é inmediatas, procede de la misma evidencia de las cosas que se dicen ciertas, y que se llaman evidentes, porque determinan por sí mismas el asenso del entendimiento.—Hay en cada hombre un principio de ciencia, la luz de la razón, por el cual inmediatamente desde el principio son naturalmente conocidos los principios universales de todas las ciencias (1).

Estos primeros principios son evidentísimos; porque en el concepto del sujeto se ve el del predicado; y nadie los ignora, porque resultan de los primeros conceptos que todo hombre posee, y nadie puede errar sobre ellos.

Respecto de las verdades mediatas, se recurre á la demostración, la cual se funda en los primeros principios, que dan el conocimiento de las verdades mediatas; porque sólo hay conocimiento cierto de las conclusiones, cuando se resuelven en los primeros principios.

«Una proposición para ser axioma, debe cumplir, según los positivistas, las siguientes condiciones: primera, ha de ser una proposición real, y no una definición; segunda, ha de ser independiente de cualquier otro principio contenido en la ciencia.»

(1) D. Thom. 1.^a P. Q. 177, a. I.

Todo esto que tan gratuitamente se asegura, tiene por resultado eliminar de la ciencia proposiciones como ésta: El todo es mayor que la parte.—Esto es más que suficiente, sin tener que recurrir á ninguna clase de refutación, para desechar semejante teoría positivista.

Nada tenemos que añadir á lo que anteriormente hemos dicho impugnando lo que aseguran los positivistas, que los axiomas son de origen experimental. Esto es enteramente falso.

Como se desprende de los párrafos anteriores, los positivistas quieren reducir los axiomas en conformidad con el principio fundamental de su sistema; sin distinguir entre los principios la evidencia mediata é inmediata; asegurando que es falible porque puede amparar proposiciones falsas.

Todo esto tiene que desecharse, tanto por la confusión con que se presentan las ideas á fin de extraviar la inteligencia, como por la falsedad de las mismas ideas positivistas.

Quitar á las verdades mediatas sus verdaderos fundamentos, que son los primeros principios, en los que deben resolverse aquéllas, es contra todo buen sentido. Y ¿qué diremos al no encontrar entre los axiomas de los positivistas el principio de contradicción? ¿Podrá levantarse el edificio de la ciencia sin ese fundamento? La filosofía que lo desecha no merece ser llamada ciencia.

Confunden los positivistas la evidencia subjetiva con la objetiva; mas la primera no es criterio de certeza; pues sólo produciría una ciencia ideal y subjetiva, pero no real y objetiva; es con-

dición indispensable de la misma certeza; porque el entendimiento para dar su asenso firme á un objeto debe conocerlo claramente; y éste es causa eficiente de la misma evidencia, porque es quien conoce y se adhiere á la verdad (1).

Para terminar, decimos de nuevo que el positivismo no merece el nombre de ciencia filosófica; no es sino una tentativa poco científica, como decía Morell, y sin ningún resultado en contra de la verdadera filosofía (2).

El positivismo, por más que lo pretenda, no merece el nombre de filosofía; porque no se eleva, ni pretende elevarse á los primeros principios del conocimiento humano, ni se ocupa en los grandes problemas de la vida, que exigen el más profundo y delicado estudio. Trabajar en ellos, á fin de explicarlos ó resolverlos en bien de la sociedad, es el objeto del verdadero filósofo; y no es fácil la neutralidad en presencia de los grandes problemas, cuya feliz resolución tanto interesa á los hombres. El mismo Comte lo ha probado con su conducta. Por una parte desprecia los problemas relativos á las causas primeras, á las finales, á Dios, al alma, etc., como insolubles; y por otra presenta sus propias resoluciones, por las cuales quiere persuadir que la ciencia aleja á Dios del mundo y le reemplaza con la humanidad; y afirma que el hombre no es sino el primero de los animales, y el alma una función del cerebro.

(1) Ginebra, *Lógica*.

(2) *The philosophical tendencies of the Age*; Londres, Heobald; 1855.

Se preguntará tal vez ¿para qué nos hemos ocupado en referir tan detenidamente la historia del positivismo, y en impugnar tantos de sus errores que con sólo exponerlos quedan refutados? Lo hemos hecho para que la historia nos diga cuáles han sido las consecuencias de la doctrina positivista, y de esta manera se pueda descubrir la falsedad del principio fundamental del positivismo. El árbol se conoce por sus frutos; y los del positivismo han sido verdaderamente funestos á la ciencia y á la religión. Allí están para probarlo los más crasos errores que se han deducido del principio filosófico del positivismo; y allí están las teorías que, por sarcasmo, se han llamado de moralidad.

Comenzó el positivismo únicamente por abstenerse de toda cuestión que no pudiera caer bajo la observación y la experiencia; después se transformó en el monismo, y negó lo sobrenatural, la existencia de Dios, la vida futura, y otras muchas verdades que no se comprueban por la experiencia; y como no era fácil detenerse, avanzó el monismo hasta el panteísmo y el materialismo.

La moral del positivismo comenzó por ser utilitaria; mas en su ley de evolución, no tuvo vergüenza en adoptar como principios de moralidad las más degradantes é ignominiosas teorías. Por último, respecto de la religión, substituyó el culto de Dios con el de la humanidad, y escogiendo en ésta, como el tipo más perfecto, la mujer, según decía Comte. En una palabra, adoró á la mujer y glorificó la más ignominiosa de las pa-